

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Arte de la elección. *Por José Lois Estévez*

¿Habrá que sentir pánico cada vez que se debe seleccionar un equipo de gobierno? Aunque se repita con frecuencia que Vox populi, vox Dei, como si el pueblo estuviera providencialmente asistido contra los errores, la Historia de la Ciencia desmiente semejante suposición. Si el hombre, como quería Protágoras, fuera “la medida de todas las cosas”, existiría una especie de ley de los promedios, cuyo resultado sería que la verdad estaría siempre más próxima a las opiniones comunes. Tampoco es así. Más bien ocurre todo lo contrario. Al principio, fue un hombre solo, llamárase Arquímedes, Hiparco, Kepler, Newton o Einstein el que descubrió la verdad, mientras todos los demás se mostraban conformes con doctrinas erróneas.

¿Cómo explicar tamañas confusiones? ¡Por el carácter fragmentario de nuestra experiencia! Nuestros sentidos son incapaces de abarcar la totalidad del Universo, sino que inevitablemente lo desgarran. Nuestras sensaciones siempre han de resultar incompletas. Al no poder percibir todo de una vez, estamos obligados a recomponer la imagen del mundo, según nuestra respectiva capacidad de síntesis, que sólo por un enorme azar, coincidirá con otra. Por eso, cada filósofo discrepará de los demás cuando trata de conciliar los datos de una experiencia troceada. Si ni en Ciencias ni en Filosofía se hace apenas posible universalizar el conocimiento, ¿qué cabe esperar cuando nuestros juicios han de versar sobre algo tan inseguro y fluctuante como la Política? Aquí, nuestra desintegración es máxima. ¡Qué clase de saber es éste? ¿Cómo adquirimos un conocimiento en materia política?

Todo saber proviene de la experiencia, que, al fin y al cabo, es un fruto de la memoria. Recordamos cosas. Pisamos entonces los umbrales de la Política. Porque llegamos a saber que están a nuestra disposición muchos modos de dividir el trabajo, que mejoran desigualmente su rendimiento. Nos persuadimos también de que los hombres no servimos del mismo modo para todo, sino que nuestras aptitudes son diferentes. Y descubrimos la especialización profesional.

En efecto, lo que importa, sobre todo, en Política es el máximo acopio de los recursos que han de satisfacer nuestras crecientes necesidades y, más en especial aún, lograr la selección óptima de los más aptos para cada cometido común en orden de importancia para la sociedad. Si los hombres fuéramos iguales para todo, no deberíamos ser desiguales en derechos. Y sería injusta cualquier apriorística preferencia de unos sobre otros. No habría mejor forma de selección que, como hacían los griegos, el sorteo de las magistraturas o el de representantes populares. La alternancia en los puestos se seguiría de suyo.

Pero si todos tenemos cualidades distintas y no servimos por igual para las diferentes funciones públicas, lo más importante para una óptima política estribará en dar con el método que permita objetivamente seleccionar a los que se demuestren más aptos. En la actualidad, este problema se ha puesto entre paréntesis. Se cree en la selección voluntarista de los que mandan. Se olvida que hay aquí una cuestión de Justicia: la preferencia de los mejores, sustituida por el dedo mágico de los gobernantes, cuya elección es regla única, sin necesidad de ninguna cualificación. ¿Y aún creemos en la racionalidad de los seres humanos? ¿Puede una elección ser buena o mala si todas se hacen del mismo modo, a gusto del que mande?